

PEDRO BOSCH GIMPERA

LUIS PERICOT GARCÍA

Agradezco mucho al Magnífico Señor Rector de la Universidad Autónoma de Madrid, don Gratiniano Nieto, el que haya hecho posible mi participación en el homenaje dedicado a varios arqueólogos españoles, entre ellos el Doctor Bosch Gimpera, que todos los aquí presentes saben que fue mi maestro desde unos años ya lejanos —1916— en que, como he explicado muchas veces, quedé prendido en las redes de una ciencia tan atractiva y apasionante como la Prehistoria.

El profesor Bosch, nacido en Barcelona en 1891, fue discípulo de un helenista ilustre de la Universidad barcelonesa, el doctor Segalá Estal·la, y bajo su protección obtuvo de la Junta de Ampliación de Estudios, sucesivas becas que le llevaron a proseguir sus estudios en universidades alemanas en los años 1911 a 1914. Llegó a publicar la traducción de los *Himnos homéricos*, y fue entonces cuando el sabio consejo e Wilamowitz-Moellendorf, un discípulo del genial Mommsen, le llevó a una ciencia afín pero claramente distinta, en la que el doctor Bosch quedó también prendido. El consejo de Wilamowitz consistió sencillamente en advertir al joven alumno que se había profundizado mucho en el estudio de la lengua griega, mientras se nos escapaba toda una rica colección de aspectos históricos para cuyo conocimiento había que emplear el arma de la Arqueología. En realidad sabíamos muy poco de la Prehistoria hispana, mientras éramos expertos en el cultivo de las lenguas y culturas clásicas.

La primera guerra mundial retuvo al doctor Bosch en España, y en seguida su especialización en la Prehistoria se tradujo en varias publicaciones de divulgación como «La cultura crético-micénica», traducción de varios artículos de Hubert Schmidt, consagrados a la cultura del vaso campaniforme, etc.

Y sobre todo, en la preparación de una obra publicada en Madrid, en 1915, como tesis doctoral, editada por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas: *El problema de la cerámica Ibérica*, que sesenta años después ha sido reelaborada y publicada de nuevo por nuestro llorado maestro. Este detalle indica ya la persistencia en sus ideas y su vocación extraordinaria.

Dicha Comisión, desde Madrid, organizaba el estudio de la Prehistoria española, patrocinando excavaciones a los cada vez más numerosos yacimientos descubiertos, pero esa fecha coincide también con el apoyo que desde dicha comisión se otorga a los estudios de Prehistoria, a la par que surgen en diversos lugares los primeros núcleos de donde saldrá luego el progreso actual de nuestra ciencia. Con el regreso de Bosch a Barcelona coinciden también la creación por Prat de la Riba de un Servicio de Excavaciones Arqueológicas, en el marco cultural en que se movía la Diputación de Barcelona y más tarde la Mancomunidad de Cataluña, dando vida al «Institut d'Estudis Catalans».

Pero Bosch comprendía que la difusión de la Prehistoria en España sólo podía progresar en el marco, un poco rutinario pero inevitable, de los museos y de la enseñanza universitaria. Y por ello intentó ingresar en el Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos, en cuya oposición fracasó, y lo mismo le ocurrió en las oposiciones a la cátedra de Historia Antigua y Media Universal de la Universidad de Barcelona. Estos fracasos, debidos a lo que los tribunales presentaban como *falta de una idea redonda de la asignatura*, no le desanimaron, y en verano de 1916 tuvo la suerte de que un tribunal, *a la page*, en el que figuraba el profesor Antonio Ballesteros, quien se dio perfecta cuenta de los nuevos valores que aportaba a la cátedra el profesor Bosch, le apoyó decididamente.

Es así cómo logró la cátedra y cómo se produjo el 2 de octubre de aquel año ese encuentro con los jóvenes eseudiantes universitarios que para mí fue tan decisivo.

Al acabar su primer curso (1916-17), los escasos alumnos de entonces (no llegábamos a la docena), le dedicamos una plaquita de plata con nuestro nombre. Para mí fue una emotiva y completa sorpresa el que, hallándome medio siglo más tarde en su casa de Méjico, me enseñara lo que pocos, entre sus primeros discípulos conocían. La plaquita le había acompañado en un terrible momento en que un convoy de naves, algunas de las cuales resultó hundida por los submarinos alemanes, le llevaba a América desde Inglaterra, y el que aún en aquel mo-

mento de inminente peligro no se separase de nuestro humilde obsequio, era prueba de que él sentía lo mismo que sus discípulos sobre lo que significaba aquella prenda.

Del año 1920 al 1932 fueron sus más ambiciosos años de producción científica. 1932 marca el apogeo de su labor. Su gran creación, del Museo Arqueológico de Barcelona, iba viento e npopa. En dicho año se publicaba en catalán «L'Etonología de la Península Ibérica», traducida al castellano en Méjico, en 1945.

Tras un curso en Oxford, en los primeros tiempos de la Guerra Mundial, al pasar a América, dio cursos en Guatemala y en Méjico, entregándose cada vez más a la tarea científica de la gran república centroamericana, hasta quedar definitivamente incorporado a la misma. Acabada la guerra, al cabo de pocos años, la adscripción a las tareas de la UNESCO, le trajo de nuevo a Europa con unos años de plena actividad, lo que nos permitió frecuentes encuentros. Fue frecuente en aquellos años el que a través de amigos diversos le mandáramos en repetidas ocasiones, botellas de «Tío Pepe» y trajes hechos en Barcelona. La primera vez que le volví a encontrar fuera de España fue en el verano de 1948, en Bruselas, con motivo del III Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas. La sorpresa de los colegas extranjeros fue grande cuando vieron que los españoles que allí se hallaban olvidaban en tal ocasión todos los motivos de disensión o de polémica, y se abrazaban alborozados.

Frecuente para mí fue, con gran gozo siempre, el ir presentando al maestro Bosch las nuevas generaciones de arqueólogos que seguían quedando prendidos en el entusiasmo y optimismo de su maestro. Bosch daba muestras de gran alegría siempre que podía verse acompañado por jóvenes prehistoriadores, discípulos de sus discípulos, o todavía de quienes habíamos trabajado con él tan intensamente. En los Congresos se rodeaba siempre de españoles sin preocupación de su ideología, y le veíamos explayarse con sus nuevos amigos, disfrutando sobremanera al recordar anécdotas y episodios de las mil y una peripecias que la vida le había proporcionado. Mi anecdotario sería larguísimo y tengo que limitarme a un tiempo muy preciso en mi intervención.

A partir de 1952, en que pasé un mes en Méjico, con motivo de mi primera conferencia en la que él me presentó, reparamos la herida que se abriera al trocar de Universidad, abandonando la de Santiago para incorporarme a la de Valencia, donde debía profesar la cátedra de His-

toria Contemporánea de España, desobedeciéndole a él y a Obermaier. Tanto el uno como el otro estuvieron entonces muy duros para mí.

Después, volví a verle en casi toda mi docena de viajes a América, siendo las dos últimas ocasiones de ello el III Congreso de Arte Rupestre Americano, en Hermosillo y Mexicali, en 1971, y finalmente, en el IV Congreso del mismo título en Río de Janeiro, en 1973. Pensaba que volvería a verle, y así lo habíamos dispuesto, pero desgraciadamente no tuve esa suerte. En otros diversos continentes, y en especial en reuniones en Europa nos encontramos también. Nunca volvió a su patria que añoraba y en la que pensaba continuamente.

Tratar de resumir la influencia de Bosch en la ciencia internacional nos llevaría muy lejos. Su dominio de varios idiomas, lo que le daba una gran seguridad en sus intervenciones en el extranjero, se acompañaba con una erudición vastísima y una gran experiencia de los problemas más abstrusos. Su facilidad en divulgar los conocimientos científicos era otra de sus cualidades. Por encima de todo, su espíritu de trabajo era formidable. El hecho de que América apenas puede decirse que tuviera verdadera Prehistoria, con lo que debía limitarse a rehacer la Prehistoria hispana, parecía un obstáculo para su futura docencia. Pero se engañaría quien lo creyera así, y nunca retrocedió en la defensa de sus ideas, en el dominio prehistórico, defendiendo hasta la última trincherera los argumentos que había empleado durante más de medio siglo. De esa época son sus obras reiterativas, sus investigaciones sobre los indoeuropeos, el vaso campaniforme, los movimientos celtas, la cerámica ibérica, etc.

Parecía hallarse entonces en una trincherera luchando por la validez de sus argumentos, contrarios a los admitidos por los antropólogos americanos.

Como si la Providencia quisiera premiar esta actividad, se produjo en toda América el despertar de la Prehistoria. En una palabra, hubo que aceptar la contemporaneidad de las más viejas culturas de América, del Nuevo Mundo, con las industrias paleolíticas del Viejo Mundo. Poco a poco fue revelándose un pasado no inferior a 15 ó 20 mil años, y tal vez más largo, con las industrias foliformes y acaso de lascas y guijarros. Y así se encontró, casi insensiblemente, dados sus conocimientos de la Prehistoria europea, en la primera fila de los prehistoriadores americanos. Y llegó a una edad avanzada, luchando y fijando lazos entre el remoto pasado americano y el del Viejo Mundo.

Fruto de esta última temporada de su vida son sus artículos e incluso su libro *La América Precolombina*, traducido al francés.

No excavó mucho, pues era más hombre de museo y seminario. No hay que olvidar que los tiempos en que Bosch estuvo en activo, los centros oficiales hispanos disponían de escaso dinero para esos menesteres. Tampoco podemos olvidar, al hablar de Bosch, su figura política. Profundo católico, su espiritualidad era evidente. Diversos factores le llevaron casi sin querer a la política, pero acaso su rasgo más relevante en el aspecto de su vida oficial fue su Rectorado y su labor dentro del Patronato de la Universidad Autónoma. Años de éxitos y fracasos en que yo pude salvarme, aún no me explico cómo. Yo le conocía de tantos años y hablaba con él con entera sinceridad. Le admiré mucho en esos lamentables años. Aquella Universidad Autónoma hubiera podido constituir uno de los mejores aciertos de la República.

Y hablo de ello con el convencimiento de que los años que perdí al frente de la Facultad de Letras de Barcelona me hacen mucha falta ahora para terminar mis estudios y tareas iniciadas.

Las luchas que tuvo que sostener con funcionarios y aficionados le irritaron con frecuencia. Obsérvese que hasta los años de la guerra civil el profesor Bosch estaba excluido del trabajo en Ampurias.

Y vamos a terminar. Creemos que hemos hecho resaltar todas las grandes virtudes científicas del maestro Bosch, pero además nunca podemos pensar en él sin que nos aparezca en la imaginación su talante cordial, su optimismo, su generosidad, que le llevaba a poner nuestros nombres al lado del suyo en muchos de sus trabajos científicos, cuando no éramos más que sus alumnos. Su gran imaginación, su vitalidad, que le mantuvo en la brecha hasta el último momento de su vida, le sitúa como un maestro genial, difícilmente sustituible.

He dicho.